

tivas. Pero las puede haber también subjetivas: ni siquiera la teoría de la ciencia se ha visto libre de estas tentaciones. A partir de T. Kuhn no pocas veces se ha tendido a pensar que las verdades científicas se reducen a lo que la moda impone como tales en las comunidades científicas pertinentes. Usar la técnica de la reducción, tanto subjetiva como objetiva, trae consigo pesados compromisos. Tareas como las de explicar paso a paso cómo una ciencia podría reducirse a otra, o de qué manera un sujeto o las comunidades científicas producen el conocimiento, implican el respaldo de complejas teorías. Por eso, casi siempre, después de un entusiasmo inicial, se termina por abandonar tales programas y se recurre a una técnica más sencilla.

Segundo, la *eliminación*. Nada más fácil que asegurar que no hay acciones, ni experiencias, ni identidad personal, que se trata de puras ilusiones. O del lado subjetivista, digamos, nada más fácil que reducir la moral al drama de los deseos del individuo: de un individuo, claro, sin naturaleza, sin sociedad y sin historia ("nada más fácil" digo, porque para estas "almas bellas" —la expresión es de Hegel— ninguna tarea puede importar, mas que el merodeo de sí mismas). Las dificultades con esta técnica es que, nuevamente, después de pasado el entusiasmo inicial, la eliminación no suele convencer más que a pequeñas sectas.

Tercero, la *anexión*. Es la técnica más sofisticada. La anexión subjetiva tratará de repensar subjetivamente incluso los datos objetivos más recalitrantes: la fenomenología contemporánea anexa la realidad entera como un territorio más del sujeto, repensándola según lo que el sujeto "constituye" como tal. La filosofía analítica —a pesar de Wittgenstein— ha tendido a la anexión objetivista. Contra ella señala Nagel:

Es inútil tratar de ampliar nuestro concepto del mundo objetivo para incluir en él cualquier cosa que se revela subjetivamente, porque el problema no consiste en que algo se haya dejado fuera. Una concepción objetiva del espacio y del tiempo no puede ser culpada de *excluir* la identificación del aquí y del ahora. Cualquier concepto que la incluyera no sería objetivo, y cualquier concepción objetiva no podría captarla. Esto

también se aplica a predecir que los fenómenos mentales a la postre llegarán a explicarse como físicos. No podemos resolver estos problemas sencillamente anexando al mundo objetivo (o hasta físico) todo lo que no encuentra ya en éste (p. 321).

La argumentación una vez más descubre que los caminos fáciles están bloqueados. No podemos procurar un paso *más acá* de la objetividad, o un definitivo *más allá* de la subjetividad, sin sucumbir a vértigos argumentales. Y lo peor de todo: atender efectivamente las demandas tanto de la objetividad como de la subjetividad, esto es, entender en cada problema y en cada argumentación, cuál es el sentido de estas demandas, constituye una tarea, cada vez, nuevamente a repensar. Ardua tarea, entonces, la de resistir vértigos argumentales: consiste en ejercer, de caso en caso, la capacidad de juicio. Quien está dispuesto a argumentar no tiene, sin embargo, otra opción.

Carlos Pereda

P.S.— Sobre la edición en castellano: pese al extraño título (en inglés el libro se llama *Mortal Questions*) y a algunos errores, el texto es perfectamente legible.

DE ACTUALIDADES

Iberoamérica: encuentro en Madrid

Durante una semana, a fines de junio, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, entidad que publica desde Pittsburgh la antigua y prestigiosa *Revista Iberoamericana*, celebró su XXIII Congreso —un rito anual que reúne a numerosos investigadores, críticos y profesores de esa literatura en Estados Unidos, Europa y América Latina—, esta vez en Madrid, bajo los auspicios de la Universidad Complutense y el Instituto de Cooperación Iberoamericana. El hecho de que la reunión se celebrase en Madrid no es casual: el gran tema de la misma era "Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica", relaciones que han sido siempre tan evidentes como malentendidas por la

crítica, que ha solido plantearlas como una competencia o disputa entre los movimientos literarios nacidos a uno y otro lado del Atlántico. La actitud de "Yo lo vi primero" parece haber sido predominante para entender una compleja red de influjos, préstamos, traslados y notorias interrelaciones, muy lejos de ser sólo una competencia o una disputa motivada por no tan ocultas razones nacionalistas. La ocasión era, además, propicia en la nueva España postfranquista, cuyo proceso de liberación, aun imperfecto, la ha abierto al resto del mundo después de un largo aislamiento e, increíblemente para los que recuerdan la época de Franco, la ha convertido en el refugio ideal de miles de exilados políticos de Argentina, Cuba, Chile y otros países con regímenes autoritarios. Así como después de la guerra civil, España se dispersó por el mundo ("la España peregrina", de legendarias dimensiones), se trasplantó en América Latina y dio generosos frutos en México, Argentina y otros países, ahora es ella la que acoge a los peregrinos forzosos de nuestras dictaduras, los incorpora a su vida literaria, los publica, los reedita, los celebra y los premia. Además, a ocho años de la celebración de los 500 del descubrimiento de América, España ya está preparándose para hacer de la fecha una gran oportunidad de examinar su pasado, su presente y su futuro como una consecuencia de su asociación histórica con nuestro continente. Ya se sabe: España descubrió América, pero América hizo de España lo que es. Aun en pequeños detalles administrativos el nuevo acento en estas relaciones se deja notar: el Instituto de Cooperación Iberoamericana era el llamado Instituto de Cultura Hispánica, cuyas oficinas en nuestros países frecuentemente eran sedes de la más rancia (en los dos sentidos de la palabra) cultura castellana al servicio de caballeros y damas ultramontanos, con quienes un verdadero escritor tenía poco que hablar. Animado por estas ideas y estas expectativas, acepté la invitación a participar en el Congreso y a reencontrarme con España.

Madrid era una fiesta

Descubrí que Madrid (y que me perdona Juan Goytisolo, su más feroz denigrador) estaba espléndida, iluminada además por el sol del verano. Por hábito los latinoamericanos nos la hemos

pasado hablando mal de Madrid y, en general, del estilo vital de España, demasiado estruendoso, retrógrado y provinciano para nuestro gusto. (Todavía recuerdo la anécdota, tan popular entre nosotros, de la señora *culta* que, preparándose a viajar, dice: "Primero voy a España y después a Europa".) O estuvimos siempre en un error (ilusión óptica provocada por la atmósfera sombría del franquismo) o las cosas han cambiado radicalmente, incluso a pesar de los propios españoles: Madrid es no sólo una ciudad fascinante, sino dueña de un sello muy propio. Es Europa, sin dejar de ser ella misma. Viendo y recorriendo sus avenidas, sus callejuelas y sus plazas siento que lo que me gusta de ellas es su fragancia de pasado, la vejez histórica visible a pesar de las innumerables transformaciones y alteraciones impuestas por el progreso y el turismo. Recuerdo (y reciclo) el verso de Darío:

y muy siglo dieciocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz,
cosmopolita...

Darío mismo paseó por estas calles;
voy a un restaurante donde (según dice

la inscripción y no tengo más remedio que creerla) Pérez Galdós escribió capítulos de su *Fortunata y Jacinta*; por las escalinatas tortuosas y húmedas que entran y salen de la Plaza Mayor, uno espera ver salir a los fantasmas de Rincónete y Cortadillo —aunque los que emergen son las hordas de *hippies* nórdicos pidiendo un duro para continuar viaje. Después de Roma, no he visto ciudad con tantas fuentes; los paseos y alamedas están bien cuidados y llenos de gente; los huecos en las calles no son muchos; y la mendicidad callejera no se acerca siquiera a las proporciones masivas de tantas capitales latinoamericanas en esta década. Hay un standard relativamente alto de vida que los españoles han ganado pulgada a pulgada, en medio de encontronazos, y que no están dispuestos a ceder ante las fáciles seducciones de la retórica política. Algo milagroso ha ocurrido en ese plano: en este país de perpetuos opositores, descontentos e individuos sencillamente ingobernables, hay una corriente de apoyo general al gobierno socialista de "Felipe". Aunque se le encuentre errores, faltas e incapacidades en ciertas áreas, la gente (no hablo de colegas y escritores españoles: hablo de taxis-

tas, de amas de casa, de hombres modestos que encuentro acodados en las mesas de los bares) prefiere este gobierno a cualquier otro; más aún: están orgullosos de él. La mayoría está mejor que antes y los que no, esperan estarlo "si Felipe se decide a cargarse a los cabrones", como me dice un mozo.

Pero España es siempre España, y hay contradicciones vivas por todas partes: los kioscos exhiben toneladas de pornografía barata y "a todo color", pero los celosos guardianes del Parque Retiro no permiten demasiadas efusividades a las parejas de enamorados, enardecidas por el calor de la tarde; tanto en el Museo del Prado como en una pastelería tengo que esperar que los empleados terminen su charla sobre enfermedades o sobre zarzuelas, antes de que se dignen atenderme. (Pero de qué me quejo: en New York no se puede comprar cerveza los domingos antes del mediodía; las contradicciones del cosmopolitismo son infinitas.) Justamente en el Retiro presencio por casualidad una escena que difícilmente olvidaré: dos parejas mayores y completamente extrañas la una para la otra se ven envueltas en un agitado incidente provocado por el descuido de una de las damas que, sin quererlo, le quita la silla a la otra en el momento en que ésta se sentaba; la señora cae al suelo, hay gritos de escándalo, los chicos que corretean por allí se ríen de la situación; hay disculpas, explicaciones, defensas y ataques verbales, discretas reconvencciones del marido de la ofensora a su cónyuge; el calor de la discusión va subiendo hasta que (como en una escena sacada de *Carmen*, de Lope o del género chico) la dama ofendida saca unas tijeras de su bolso y amenaza con ellas al marido de la otra, quien, exaltado y casi apoplético, esgrime entonces el puño de su paraguas (¿por qué lleva paraguas en este día aplanado por un sol de fuego?) y declara que "aunque soy un caballero, sé defenderme". El insólito encuentro de las tijeras y el paraguas no llega a producirse, quizá por falta de la mesa de disección que complete el tenebroso nuevo triángulo. Pero el diálogo a gritos continúa, con frecuentes invocaciones al honor, a Dios (la ofensora jura por él que no vio lo que debió ver), al respeto a las damas, etc. La policía y los otros estrictos guardianes de la moralidad pública esta vez no aparecen y el drama continúa sin que nadie se anime a dar el primer paso decisivo



Madrid

(pese a los repetidos embates y promesas de vengar la deshonra), hasta que las repeticiones cansan al público y aún yo, que estoy cautivado, abandono a los improvisados actores a su suerte. Sólo me pregunto qué harán los protagonistas para tratar de olvidar esta lenta tarde de domingo que aparentemente los condujo a un parque pero, en realidad, al encuentro con su destino de españoles sanguíneos, ya que no sangrientos.

Sorpresas del Congreso

De mis distracciones del cine (veo varias películas españolas recientes, como la alabada *Los santos inocentes* de Mario Camus, y una argentina muy intensa, *No habrá más penas ni olvido*, sobre la novela homónima de Osvaldo Soriano), las galerías y museos; las librerías colmadas de títulos a los que no resisto, las frecuentes excursiones por las variedades de la cocina española (tan poco recomendables para el que no quiere dormir), me sacan las obligaciones de invitado al Congreso, que traen anexas sus propias distracciones. El día inaugural descubro que, desde donde yo vivo (la casa del director de cine José Luis Borau, vecino mío de Los Angeles), el inmenso campus de la Complutense está más lejos de lo deseable. Luego me entero, en medio de la confusión inicial típica de esta clase de reuniones, que en el salón de actos donde se realizará la ceremonia de apertura, la ventilación es casi nula —y el día es de un calor abrumador. Si uno quiere llamar, no hay teléfonos disponibles, salvo los públicos, donde hay un río de estudiantes parlanchines. Tampoco hay donde tomar un refresco: hay que esperar hasta la recepción en la Facultad de Filología en la que ofrecerán una copa de vino ("vino español" aclara innecesariamente el programa), pero no es precisamente vino lo que necesito. En medio de la agitación de ese lunes, el único que parece conservar la calma es Alfredo Roggiano, el director de la *Revista Iberoamericana* y el responsable de que estos congresos se realicen con toda regularidad; como no quiero alterar su estado de placidez le hablo de otras cosas y me resigno a la sed. Voy entrevistando o reencontrando viejos amigos y conocidos, congresistas unos y otros miembros de la Comisión de Honor (así se llama); entre ellos están Mario Benedetti, con quien charlo un rato, y Daniel Moyano, ambos exila-

dos aquí. También converso con Manuel Andújar, quien será uno de los más resistentes oyentes del Congreso. Lamento, en cambio, no ver por ningún lado al anunciado Juan Carlos Onetti, miembro también de la mencionada Comisión. No deja de llamarme la atención verlo en el programa citado como "Excmo. Sr. D. Juan Carlos Onetti". Quizá el tratamiento le pareció excesivo y decidió no venir.

El acto inaugural acumula varios discursos de rigor, pero el plato de fondo son las palabras de Francisco Ayala. Pocos pueden hablar mejor del tema de las lenguas literarias españolas e hispanoamericanas que Ayala, un escritor que inició su exilio español en nuestras tierras y luego pasó largos años como profesor en universidades norteamericanas, antes de ser recuperado y releído en su país. (Pese a su renombre internacional, la censura española, todavía en 1972, no le permitía publicar un texto como *La cabeza del cordero*; es ilustrativo leer la advertencia del autor en la edición del volumen con ese y otros relatos de Ayala que Alianza Editorial le publicó en 1983.) El escritor español —su rostro afilado y la cabeza cana le dan un aire de nobleza quijotesca— improvisa un discurso para introducir su discurso que, a su vez, es un *re-make* de algo que escribió en 1952. A pesar de su antigüedad, esas ideas son bastante sensatas: Ayala denuncia la polémica literaria España/Hispanoamérica como una deformación del nacionalismo cultural y sostiene que el "antiespañolismo" de muchos de nuestros escritores es una manifestación paralela a la reaccionaria "anti-España" que el franquismo hizo circular por todas partes. Para él, las denominaciones del tipo "literatura panameña" o "literatura gallega" son más bien afirmaciones políticas que literarias; lo que hay es una gran literatura producida en español, que abarca a todas sin sofocar sus diferencias y matices lingüísticos. Hay aplausos, aunque tengo la impresión de que Ayala acaba justamente cuando el planteamiento empezaba a ponerse más interesante.

Tras asarnos alegremente de calor en la recepción con "vino español" se nos concede un merecido descanso que aprovecho para almorzar con un grupo heterogéneo de amigos. La sobremesa es larga; cuando nos damos cuenta ya es hora de volver al mismo salón de actos para escuchar el homenaje a Neruda y Aleixandre, que co-

mienza con un discurso de orden a cargo de Carlos Bousoño, seguido de un panel en el que figura el profesor Luis Sáinz de Medrano, el presidente de este Congreso y catedrático de la Complutense. De Bousoño tengo un buen recuerdo como lector de su valiosa *Teoría de la expresión poética* y otros trabajos posteriores. Me dispongo a escuchar atentamente a este hombre de rasgos fuertes y aspecto relativamente joven a pesar de la calva y el largo mechón de pelo entrecano. Me decepciono rápidamente: aparte del tono apodíctico, el discurso usa un vocabulario metodológico al parecer sacado de la filosofía germana que no parece conducir sino a generalizaciones vagas y encasillamientos discutibles. Por alguna razón, también, su atención se concentra en Aleixandre, dejando a Neruda como apéndice. Las ponencias que siguen son siquiera más precisas e informativas, aunque hay alguna que usa un título que me parece hurtado a un bien conocido artículo de Benedetti. Y con eso nos dispersamos, porque hay que prepararse para las sesiones continuadas y simultáneas que pueblan el día siguiente y toda la semana.

Hemingway de por medio

Las sesiones del martes se realizan en los salones del ICI, cuyo edificio tampoco queda cerca pero al menos es más accesible por transporte público. Por los diarios me había informado que se realizaba también en Madrid una reunión de expertos (dominantemente anglosajones) en la obra de Hemingway. Al llegar al ICI me doy cuenta de que es esta entidad la que organiza la reunión, pues no sólo los halls están ocupados por una exhibición de libros de y sobre Hemingway, sino que, cuando pido saber donde está el bar no para tomar vino sino una gaseosa, un conserje me contesta que ahora está cerrado (es ya la hora en que comienzan las sesiones) y que cuando abra "sólo está reservado para los señores de Hemingway". Me voy enterando de otras cosas: la orden de controlar el bar parece haber sido dada tras algunos excesos alcohólicos de los estudiosos de Papá Hemingway, sin duda demasiado inspirados por tan vigorosa figura paterna, y así inocentes sedientos como yo pagan por pecados: voces autorizadas me soplan al oído que hay gente interesada en el ICI en que lo de Hemingway tenga "más prensa" que nuestro Congreso, que

somos objeto de una lucha por la cúpula de ese poder cultural, que quieren "torpedear" nuestra reunión, etc. Me refugio de estas noticias y rumores yendo a escuchar alguna de las sesiones matutinas. Hay cuatro, a la misma hora; la mayoría de ellas tiene nueve ponentes, lo que es un desafío a la paciencia de cualquiera. Es un problema frecuente en los congresos de instituciones tan vastas como el ILLI: tantos quieren hablar que pocos escuchan. Converso con Alfredo Roggiano sobre esto y sobre la necesidad de utilizar criterios de selección más rigurosos en beneficio de todos. El crecimiento de las entidades académicas es indispensable, pero al mismo tiempo crea conflictos, como los que encara la Modern Language Association: movilizar a sus decenas de miles de afiliados y concentrarlos por tres días cada año para que discutan, en una babel de lenguas, desde el lesbianismo en las novelas victorianas hasta el análisis marxista aplicado a la poesía africana, supone una operación logística de proporciones. Aquí todos hablamos español, pero igual tenemos dificultades para entendernos: cada uno habla de lo suyo prescindiendo del contacto real con lo de otros; son discursos que se dicen en público, pero que se mantienen en aislamiento. Por cierto, hay mucho interesante que escuchar, tanto en este Congreso como en cualquier otro de su categoría. Creo, además, que, aunque limitado, este encuentro con los colegas y con otras realidades es siempre estimulante. Las posibilidades serían mayores si las reuniones tuviesen un formato más reducido, más concentrado, en el que los *papers* no fuesen el fin, sino sólo el medio.

Por razones obvias, decido asistir a la sesión dedicada a Borges, en la que hablan, entre otros, Arturo Echevarría, de Puerto Rico, y Roberto Echavarrén, profesor en New York. Durante un par de horas, los ponentes examinan a Borges desde todos los ángulos: lenguaje, memoria, filosofía, etc. Se le relaciona con Unamuno, con Azorín, con Unamuno otra vez por mediación de Croce y Macedonio Fernández. Hay muchas cosas valiosas entre lo que se plantea y lamento que no las escuchen los estudiantes universitarios, que brillan por su ausencia. En la tarde me toca hablar a mí, en una mesa presidida por Giuseppe Bellini y dedicada a Neruda, especialmente en sus relaciones con la historia (Guerra Civil) y la literatura (Juan

Ramón Jiménez) españolas. Mi contribución es un modesto aporte a la biografía nerudiana, en su apasionado episodio español, pues recupera un nombre semi olvidado, el de Nancy Cunard, una extraña mujer que brilló en los salones literarios de los años 20 y 30, tanto como por sus escándalos sexuales y su militancia política. Amiga de Aragon y Aldous Huxley, entre muchos otros, lo fue también de Neruda y compartió con él afanes vinculados a la defensa de la causa española antes y después de la guerra. La sesión se extiende demasiado y, al final, hay sólo unas cuantas preguntas del público sobreviviente. Esto me impide escuchar algunas ponencias de otras sesiones que me interesaban, como "Relaciones intelectuales entre España e Hispanoamérica: 1930-1943" de Francisco Caudet, investigador español que ha dedicado buenos trabajos al tema. Al salir, me encuentro con Emir Rodríguez Monegal, que llega de alguna parte y se prepara para ir luego a otro lugar. Con Saúl Yurkievich, Suzanne Jill Levine y él nos escapamos a un bar cercano; a tomar un café y charlar sobre lo que hemos visto y sobre lo que veremos. Hablamos de la muerte de Cortázar, de la gente que ha venido y de los que no han venido, de los latinoamericanos exilados aquí y en otras partes.

Tarde toledana

El miércoles trae otro cambio de lugar, esta vez bienvenido: los congresistas nos trasladaremos a Toledo, donde sesionaremos y pasearemos. Partimos temprano, como buenos excursionistas, en grandes autobuses. Mis vecinos de asiento son Alfred Mac Adam, joven pero viejo compañero de otros simposios, y su esposa, con quienes la charla es continua y agradable. Casi sin darnos cuenta estamos ya en Toledo. Yo conocía esta ciudad, pero el retorno es como un descubrimiento. Recomendada en todas las guías turísticas de España, Toledo es realmente —a pesar de la explotación comercial de la que es objeto— digna de su fama. Nos liberamos rápidamente de las ataduras del Congreso (los organizadores han sido benévolos: nos han dado la tarde libre) y paseamos con Rodríguez Monegal y los Mac Adam por cuanta iglesia, casona, sinagoga y callejuela existe, bajo la rigurosa dirección de Alfred que nos ciceronea con apropiadas lecturas de su guía. Yo, que desconfío de las guías,

aprendo mucho de ésta y más de nuestro jefe turístico, que insiste en detalles y fechas que de otro modo me habría pasado por alto. Hay un pequeño y gracioso incidente del que soy fugaz protagonista: en una nave de la Catedral un robusto guía profesional que ruge instrucciones a su grey, nos corta violentamente el diálogo que nosotros sostenemos, sin duda en voz alta pero no más que la suya. "Tenga en cuenta que usted grita bastante", le digo y nos retiramos pacíficamente. No será el único encuentro con guías: más tarde, casi al acabar el *tour*, ante el maravilloso *Entierro del Conde Orgaz* del Greco, nos sentamos a contemplan la tela lo mejor que podemos en medio de nuestra fatiga, pero detrás de nosotros desfilan los guías con sus grupos angloparlantes y los escuchamos decir las cosas más arbitrarias sobre el cuadro, interpretando cada uno a su modo tal o cual gesto, tal o cual personaje. La cultura está hecha de esos mínimos y tercios malentendidos, que se adosan a los hechos como los moluscos en las quillas de los barcos. Ya de regreso en Madrid, tengo que implorar para conseguir un taxi: todo el mundo está prendido de sus televisores y del resultado del partido de fútbol España-Dinamarca; ganará España el derecho a disputar la final con Francia y esa noche, más tarde, mientras ceno con una amiga, nos vemos envueltos en la explosión de júbilo y de furor antigálico. Las coplillas que escucho contra los franceses (y especialmente contra las francesas) son todas irreproducibles. Me digo que, si no hubiese fútbol, habría más guerras, y que a veces hay guerras por el fútbol.

Examen de una *Larva*

Quizá el punto más alto del Congreso es el "diálogo" con Julián Ríos, que acababa de publicar la monumental *Larva*, insólita novela que hace del juego de palabras, la parodia de Don Juan y la acrobacia por varias lenguas simultáneas, un verdadero festín literario. Presidido por Roggiano, el "diálogo" no incluye a Ríos, lo que es una pena, pero sí a seis críticos: Rafael Conte, Echavarrén, Jill Levine, Julio Ortega, Yurkievich y yo. Los textos de Ortega y Echavarrén son los que mejor me impresionan; el tono general de la mesa es de gran entusiasmo por el libro, desde Valle Inclán a Cabrera Infante, pasando por Juan Goytisolo. Hay otra mesa redonda este mismo jueves: bajo el rubro

"La crítica española ante la literatura hispanoamericana", se alinea un grupo de críticos más numeroso que un equipo de fútbol, bajo la dirección del poeta Félix Grande. El tamaño y la heterogeneidad del grupo impiden que la cosa funcione bien y el tema desgraciadamente se desperdicia.

El viernes se clausura el Congreso, otra vez en la Complutense, con más mesas y ponencias: Jorge Manrique en Ernesto Cardenal, los vínculos españoles de Mujica Láínez, la huella picaresca en *Macunaíma*, el bilingüismo de la poesía chicana, lengua española y folclore en el suroeste de Estados Unidos, el teatro de Vargas Llosa, Cela y García Márquez, son algunos de los temas que se tratan este día. Otra vez me pierdo varios de los que me interesaban porque debo presidir una sesión que está dedicada a la novela hispanoamericana más reciente y sus posibles nexos con autores o realidades peninsulares. Entre los seis ponentes que desfilan en esa sesión, figura César Leante, escritor cubano exilado hace un tiempo en Madrid y a quien no veía desde épocas más felices en La Habana. Leante retoma un tema que ya Cortázar y Oscar Collazos, entre otros, habían tratado (¿literatura revolucionaria o literatura

de la revolución?) y somete a juicio los juicios de Roberto Fernández Retamar, el intérprete oficial de la política cultural cubana, para concluir que la literatura cubana de estos 25 años merece más bien el segundo de los membretes, y no el primero; además, que esa literatura se produce tanto dentro como fuera de Cuba, y que no es posible excluir ninguna de las dos. Conocedor de la vida literaria cubana desde dentro, Leante agrega datos laterales, como el de que el anunciado libro sobre Fidel de Ezequiel Martínez Estrada no apareció nunca, a pesar de la adhesión revolucionaria de éste. Una joven profesora española trata de la figura de Lope de Aguirre en la novelística hispánica y aporta observaciones de interés; un escritor cubano-español, en cambio, se equivoca cuando dice que en nuestra narrativa el humor comienza con Vargas Llosa, olvidando a Macedonio, Felisberto Hernández, Cortázar y varios otros.

Y así, con momentos buenos y de los otros, termina este XXIII Congreso del IILI, que fue un honesto esfuerzo por examinar y evaluar las relaciones entre los dos grandes ámbitos en los que se escribe literatura en lengua española. Imposible agotar un asunto de tales

proporciones. Pero, pese a todos los tropiezos previsibles e imprevisibles en ese tipo de reuniones, algunas líneas básicas quedaron tendidas. No me cabe duda de que se seguirá examinando en los años que nos separan del jubileo de 1992, y aun más allá: es una preocupación permanente de los espíritus más lúcidos de ambas orillas. El mérito del Congreso es el de haberlo señalado como una cuestión capital y de haberlo tratado sin prejuicios de ninguna clase y en el marco ideal de una España renovada y más atenta a Latinoamérica que nunca.

Los Angeles, septiembre 1984

José Miguel Oviedo

ACLARACION

En nuestros números 41 y 42 se deslizaron dos errores que aquí salvamos: en el primero, la traducción de *El papel de las Universidades*, de Eric Weil, pertenece a Olivia Gall, y en el segundo la traducción de *Alemania hoy*, de Katherine von Bülow, también pertenece a ella.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Adolfo Prieto 133, Colonia del Valle, 03100 México, D. F.
Teléfonos: 536 43 39 / 523 36 52 ext. 28

☐ Suscripción

Renovación

nombre

☐ Adjunto cheque o giro postal por la cantidad de \$ 1,500.00 (mil quinientos pesos 00/100 moneda nacional)

dirección

☐ Adjunto cheque por la cantidad de 40 Dlls. U.S. Cy. (Cuota para el extranjero)

colonia

ciudad

estado

código postal

país

télefono